

MARTÍN
DE
RIQUER

Caballeros
andantes
españoles

*Las crónicas
de caballeros reales
e históricos*

Ariel



Martín de Riquer

Caballeros andantes españoles

Ariel

Primera edición en esta presentación: septiembre de 2019

© 2008, Herederos de Martín de Riquer

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3128-7

Depósito legal: B. 14.423-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Novela y realidad, realidad y novela	15
El passo honroso	59
Batallas por malquerencia.	167
En resumen: no todo es literatura	199

NOVELA Y REALIDAD, REALIDAD Y NOVELA

LA EMPRESA DEL BRAZALETE

Como claro ejemplo de interferencia u ósmosis entre lo real y lo novelesco examinemos, en primer lugar, algunos casos que podemos agrupar bajo el título de «empresa del brazalete», que hallaremos en un caballero aragonés, en otro borgoñón que vaga por tierras de España, en otro siciliano que, como es natural, se considera vasallo de nuestro Alfonso el Magnánimo, y en episodios que se finge que ocurren en Barcelona narrados en una novela francesa del siglo xv. Se trata de un aspecto del voto caballeresco, gracias al cual se justificaba y se daba cierto contenido simbólico al deseo de combatir por el placer mismo de exhibirse luchando cuando no existían razones de odio o de malquerencia. El voto caballeresco consistía en abstenerse de una cosa determinada o de exteriorizarse con cualquier detalle llamativo, singular o humillante hasta haber participado en un hecho de armas bajo determinadas condiciones. Eran muy frecuentes estos votos, versión «a lo profano» de las promesas de carácter piadoso, y ahora no nos interesan los formulados con intenciones prácticas, como el del conde de Salisbury, que juró llevar un ojo siempre cerrado hasta haber guerreado con el rey de Francia, o el del famoso Bertrand du Guesclin, de no comer hasta haber luchado con los ingleses, ni los votos teatrales emitidos en fiestas solemnes, como los del

pavón o los del faisán, ni los de tantos y tantos caballeros que prometieron no afeitarse la barba hasta haber logrado determinado objetivo.

El caso que ahora vamos a examinar es como el que formuló Suero de Quiñones de llevar todos los jueves una argolla de hierro al cuello, símbolo de cautiverio amoroso, hasta que se hubiesen quebrado trescientas lanzas en el Passo Honroso, como ya veremos al considerar este importante lance. Este tipo de voto se ha querido relacionar con una vieja costumbre de los guerreros germanos, pues Tácito, al tratar de los catos y de sus tradiciones guerreras, dice: «Los más fuertes llevan una anilla de hierro, lo que es ignominioso en aquella tribu, en forma de argolla; hasta que se libran de ella con la muerte de un enemigo» (*Germania*, XXXI, 3). Tal vez sea exagerado suponer que esta costumbre germánica hubiese persistido, ininterrumpidamente, hasta el siglo xv; lo más verosímil es que fuese recogida por relatos orales y pasara a la novela caballeresca primitiva, que mantuvo la vitalidad de este singular uso.

El voto caballeresco era llamado «empresa», palabra que con el tiempo pasó a designar las divisas pintadas y «motes» de pocas palabras que usaban los caballeros en sus contendas deportivas y, más adelante, los emblemas tan cultivados por los escritores, a partir de Alciato (recuérdense las *Empresas*, de Saavedra Fajardo). Sebastián de Covarrubias (1611), al definir el verbo *emprender*, nos ofrece una rápida idea de la evolución semántica del término: «*Emprender*: Determinarse a tratar algún negocio arduo y dificultoso..., porque se le pone aquel intento en la cabeza y procura ejecutarlo. Y de allí se dixo empresa el tal acometimiento. Y porque los cavalleros andantes acostumbravan pintar en sus escudos, recamar en sus sobrevestes, estos designios y sus particulares intentos, se llamaron empresas; y también los capitanes en sus estandartes quando yvan a alguna conquista. De manera que empresa es cierto símbolo o figura enigmática hecha con particular fin, endereçada a conseguir lo que se va a pretender y conquistar o mostrar su valor y ánimo».

El voto caballeresco era una especie de cebo para provocar la lucha, y a ello se debe su carácter generalmente externo y llamativo. El caballero que ostentaba una empresa —como la argolla de Suero de Quiñones— fingía que esperaba luchar con otro que lo «liberara» del voto, pues, hasta haber combatido en ciertas condiciones, se veía obligado, bajo juramento, a ir de aquel insólito modo, lo que, como veremos, podía prolongarse años. Ya insinuaremos, más adelante, los antecedentes literarios de esta «liberación».

No caigamos en el fácil error de creer que todo esto es mera «literatura». El 28 de agosto de 1397 el notario Jaume Dezplá, de Valencia, levantó una curiosa acta notarial en la que hizo constar, con los debidos testigos, que en el palacio del noble Olfo de Próxima comparecieron los caballeros Martí Eiximenis d'Orís y Pere de Centelles, y el primero hizo saber solemnemente al segundo que estaba dispuesto a «liberarlo» de su voto y empresa, que consistía en llevar una «garrotera», o liga; y exigió que se hiciera constar su ofrecimiento —de hecho combatir con él— en carta pública. Pere de Centelles, requerido por notario y testigos, afirmó que llevaba su empresa con la intención de que le «liberara» su compañero de armas Vidal de Blanes, y en principio se acordó que se ventilaría la cuestión en un combate de dos contra dos. En el Archivo Municipal de Valencia se custodia esta acta notarial, suscitada por la empresa de Pere de Centelles, que se mostraba con una liga, o «garrotera», indiscutiblemente sugestionado por el prestigio caballeresco de la orden de la Jarretièrre, o Garter, fundada por Eduardo III de Inglaterra en 1348.

El 20 de enero de 1431 se exhibía por las calles de Zaragoza el caballero Bernat de Coscón con una flecha o pasador atravesado en un muslo. Un tal Anthoni de Mont Aperto le envió un trompeta para preguntarle si lo hacía «por devoción, por amores o por armas», pero ni Bernat de Coscón ni su hermano mossén Bertrán quisieron dar ninguna respuesta al trompeta. Mont Aperto, en carta firmada el día

24, requirió a Bernat, «por honor y amor de aquella dama que vos amáis», que le aclarase con qué intención llevaba aquella flecha. El 26 de enero Bernat de Coscón respondió con una carta escrita en aragonés, en la que, entre otras cosas, dice:

digo e respondo seyer verdat que el sábado más cerca passado, solament por devoción de senyor Sant Sebastián yo levé un passador e flecha en el muslo, segunt cada un anyo en tal día havía acostumbrado levar por la dita causa; e el domingo aprés seguiet el trompeta desús dito vino a mí e díxome tales parabras: —Un cavallero me envía a vós, e dize que un títol que vós levades si es por amores o por armas—. E ja seya semblantes cosas no se acostumbran tractar en tal forma, por lo qual sin todo cargo podía dar el callar por respuesta, pero dixé tales parabras: —Trompeta, muy desconcertado vienes, e no·t deven embiar aquí car yo non levo títol ni·nde levado seys anyos ha. Quando vendrás en forma devida, yo te responderé como devo—. E haviendo por trufa la venida e parabras del desuso dito trompeta, yo me partí d'aquel lugar. E aprés que yo fui partido, segunt depús me fue dito, el dito trompeta dixo que se havía errado en las parabras que de part del cavallero me havía dito, car él havía nombrado títol, e que la verdat era que·l cavallero le havía dito flecha o passador; a lo qual, en mi ausencia, mossén Bertrán de Coscón, ermano mío, respuso: —¿E qui es aqueix cavallero que te envía?—. E el trompeta dixo que mandamiento havía de no nombrarlo; e lahora el dito Bertrán dixo: —Ara, donchs, trompeta, ves e digues aqueix cavallero que así te avía embiado a mossén Bernat de Coscón que si él lo fa cierto e seguro de deliurarlo de qualquiere voto de armas, que el dito mossén Bernat de Coscó posará o metrá sobre la flecha o passador que haier sábado levava el muslo, que tantost cras, que será lunes, las tornarà a meter e aquél levará; e posado caso que él no las meta, yo la levaré, e aquesto no metas a oblit ni a non cura...

Hemos visto que Bernat de Coscón todos los años, el día de San Sebastián, llevaba el muslo atravesado por una flecha en honor del mártir, voto de devoción que Anthoni de Mont Aperto supuso que podría ser un voto caballeresco y se ofreció a liberarle de él. Coscón puso en claro las cosas, se brindó, por boca de su hermano, a llevar otra vez la flecha para aceptar el requerimiento del otro caballero, e incluso propuso a éste que fuera él el provocador:

Empero, si voluntat havéys de fazer armas con mí, metetvos alguna devisa de armas, o posats algún caso por el qual entre cavalleros pueda haver lugar batalla, car yo de buen grado, supliendo a mi honor e defendiendo verdat, so presto, con la ajuda de nuestro senyor Dios e de mossén Sant Jordi, deliurarvos e acceptar la batalla.

A esto contestó el 28 de enero Anthoni de Mont Aperto aceptando de buen grado:

de continent yo·m metré un braçalet, lo qual, en nom de Aquell que és vencedor de les batalles e de mossèn Sent Jordi, e per honor e amor de la dona que jo am, port e portaré huy diumenge, que·s conta xxviii de giner de l'any present, e d'ací avant tant com ben vist serà, en manera que·m poreu deliurar, si al cor ho haveu.¹

El 4 de febrero Anthoni de Mont Aperto envió a Bernat de Coscón los «Capítulos de la empresa del braçalet», en los que precisa el armamento defensivo y ofensivo de la batalla, en cuya conclusión, el que a opinión de los jueces lo haya hecho peor, deberá dar a su adversario un diamante o un

1. Inmediatamente yo me pondré un brazalete, el cual, en nombre de Aquel que es vencedor de las batallas y de monseñor San Jorge, y por honor y amor de la dama que yo amo, llevo y llevaré hoy domingo, que se cuenta 28 de enero del presente año, y de ahora en adelante siempre que me venga a gusto, de modo que me podáis liberar, si tenéis el propósito de ello.

rubí, de valor de mil florines, para que éste lo ofrezca a la dama que ama. Se reserva un año para encontrar plaza segura y juez de la batalla, y si en este tiempo no los encuentra, que los busque Coscón. Éste respondió el 9 de febrero aceptándolo todo, menos la búsqueda del juez, que realmente le pertenecía por ser el requerido.

Desconocemos las incidencias de la empresa del brazalete iniciada en Zaragoza en 1431; sí, en cambio, y con gran lujo de detalles, la que con el mismo nombre defendió un caballero borgoñón quince años más tarde. Me refiero a Jacques de Lalaing, de quien tratan los cronistas Mathieu de Coussy y Olivier de la Marche y a quien un anónimo —que un tiempo fue identificado con Georges Chastellain e incluso con Antoine de la Sale— dedicó una interesantísima biografía, el *Livre des faits de Jacques de Lalaing*, obra que de ningún modo debe ser considerada «historia novelada», como algunos pretendieron, sino puntual relación de las andanzas y empresas de aquel caballero. Precisamente, al detenernos a examinar su viaje por España, comprenderemos que el anónimo autor del *Livre* narra hechos ciertos y que coinciden con datos de la *Crónica de Juan II* castellana.

Prescindiendo de antecedentes familiares y de la infancia del protagonista, la primera hazaña caballerisca del joven borgoñón Jacques de Lalaing se sitúa a finales del año 1445, cuando, tras haber luchado valientemente con el siciliano Juan de Bonifacio —de quien se tratará más adelante—, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, lo armó caballero. Con el prestigio de esta primera batalla, Jacques de Lalaing decidió partir de Borgoña en demanda de aventuras, e hizo el voto de llevar en el brazo derecho «un bracelet d'or auquel avoit attaché un couvrechef de plaisance» (*Livre*, capítulo XXXI), o sea brazalete de oro al cual había prendido un lambrequín, o adorno de tela de los que entonces se solían colocar encima del almete. Y, al igual que Anthoni de Mont Aperto, Jacques de Lalaing, en la corte del rey de Francia hizo públicos los capítulos de su empresa del brazalete, o sea las condi-

ciones que imponía a los caballeros que quisieran luchar con él para «liberarle» del voto. Van firmados el 20 de julio de 1446, cuando el caballero tenía unos veintitrés años, y empiezan con las siguientes palabras: «Qui touchera à mon emprise, sera tenu de moi délivrer selon le contenu de mes chapitres, pourvu qu'il soit gentilhomme de toutes lignées et sans reproche» (capítulo XXXII). Y el capítulo onceno dispone: «Pour faire les armes dessus dites et les accomplir de point en point selon le contenu de mes chapitres, j'ai élu le très excellent et très puissant prince le roi de Castille, auquel je supplie très humblement qu'il lui plaise de sa bénigne grâce moi faire honneur et moi accorder ma dite requête».²

Lalaing atravesó los Pirineos acompañado por un lucido cortejo en el que figuraban Jean de Montfort, Félix de Guistelles, Perceval de Belleforière, Valeran de Landas, Othe de Marquette, Guillaume d'Obrencourt, Jean Rasoir, el escudero Cornille de la Barre, Jean de Fresnoy, Yollin de Villers, el heraldo Luxembourg y el perseverante Léal. Entró en el reino de Navarra y llegó a Pamplona con intención de presentarse al rey, o sea al que más adelante será Juan II de Aragón, rey de hecho en Navarra aún después de la muerte de su primera esposa, doña Blanca. Pero el rey Juan «s'étoit allé ébattre en aucunes de ses villes, sur les frontières de Castille», y Jacques de Lalaing visitó, en Pamplona misma, a los príncipes de Navarra, o sea, Carlos de Viana y su esposa Ana de Clèves. El caballero Jean de Lusse (Juan Miguel de Luxa, o Luja) pidió licencia al príncipe para tocar la empresa de Lalaing, pero don Carlos no se la concedió porque su padre, el rey de Navarra, nada sabía de ello y estaba seguro

2. El que toque mi empresa se verá obligado a liberarme según lo contenido en mis capítulos, a condición de que sea gentilhomme por todos los linajes y sin reproche... Para hacer las susodichas armas y cumplir las punto por punto según lo contenido en mis capítulos, he elegido al excelentísimo y poderosísimo príncipe el rey de Castilla, a quien suplico muy humildemente que, por su benigna gracia, le plazca hacerme este honor y concederme mi dicha recuesta.

de que no lo consentiría por la gran alianza existente entre las casas de Navarra y de Borgoña. No obstante, los príncipes trataron con gran afecto y con suma consideración a Jacques de Lalaing, al que hacían compañía Jean de Beaumont y «messire Pierres de Peralte, seigneur de Mazilles» (el famoso mossén Pierres de Peralta, señor de Marcilla). El desconocido autor del *Livre* nos da una vivaz impresión de la admiración que suscitaba, principalmente entre las damas, la gallardía de Jacques de Lalaing al pasar por las calles de Pamplona:

au passer que messire Jacques faisoit par les rues, en allant au palais, huis et fenêtres étoient parés et remplis d'hommes et de femmes, dames et damoiselles, bourgeois et pucelles, pour regarder icelui messire Jacques et sa compagnie; et il ne s'en doit on point émerveiller, car il étoit un des beaux jeunes chevaliers qui étoit régnant de son temps; et avec ce étoit richement paré et vêtu d'une robe moult riche chargée d'orfèvrerie. Il étoit grand et droit, bien fait et formé de tous membres, bel viaire et plaisant, doux, aimable et courtois; il portoit chère d'homme hardi; nul rien n'avoit sur lui qui lui fut mal séant. Ceux qui le véoient passer, prenoient plaisir à le regarder. De dames et de damoiselles fut volontiers vu; et assez est à croire qu'aucunes en y avoit qui bien eussent voulu avoir changé leur mari pour l'avoir, si ainsi se eut pu faire (capítulo XXXVI).³

3. Cuando messire Jacques pasaba por las calles, yendo al palacio, puertas y ventanas se abrían y se llenaban de hombres y mujeres, damas, burgueses y doncellas, para contemplarlo a él y a su acompañamiento; y no hay que admirarse de ello, pues era uno de los más apuestos jóvenes caballeros que había en su tiempo, y además iba muy ricamente ataviado y vestido con una preciosa ropa cargada de orfebrería. Era alto y erguido, bien hecho y bien formado en todos los miembros, de hermoso y agradable rostro, dulce, amable y cortés, tenía el rostro de hombre arrojado, y nada en él producía mal efecto. Los que le veían pasar encontraban placer en mirarlo. Fue contemplado muy gustosamente por damas y doncellas, y es muy de creer que hubo algunas que lo hubieran querido cambiar por su marido, si ello hubiese sido posible.

Con tanto afecto trataron los de Pamplona a Jacques de Lalaing que cuando partió de la ciudad no quisieron cobrar nada por el alojamiento suyo y de sus acompañantes y lo escoltaron hasta la frontera de Castilla. Al entrar en ella supo que el rey de Castilla estaba en Soria, y hacia allí se encaminó. Efectivamente, Juan II estuvo en Soria de setiembre a diciembre de 1447, que es, sin duda, cuando tienen lugar estos acontecimientos. Al saber que se encontraba en sus reinos, Juan II envió al encuentro de Jacques de Lalaing «le comte de Gusman, le Brand maître de Calatrave, messire Jean de Lune, et plusieurs autres chevaliers et écuyers». Del conde de Guzmán se tratará pronto; el maestre de Calatrava era don Pedro Girón, y don Juan de Luna es el hijo de don Álvaro. Yendo hacia Soria sale al encuentro del caballero borgoñón Diego de Guzmán, hermano del conde antes citado, y con gran cortesía toca la empresa de Lalaing. Ha conseguido éste, pues, lo que tanto anhelaba: hallar a un caballero dispuesto a batallar con él a fin de quedar libre de su voto.

Jacques de Lalaing con su acompañamiento se dirigió a Valladolid (Valdolit en el texto francés), adonde pocos días después llegó el rey. Consta, en efecto, que Juan II salió de Soria a mediados de diciembre, a fin de pasar la Navidad en Valladolid. El caballero borgoñón encontró por vez primera al rey de Castilla «en une grand'campagne... qui faisoit courre deux taureaux et avoit fait mettre sus, pour les verser et détruire, plusieurs gros alans, a la manière du pays».⁴

Juan II recibió con gran afecto a Jacques de Lalaing, aunque asuntos de estado —ciertas embajadas de Francia, Granada y Portugal— le impidieron por el momento atender al hecho de armas, pero asignó el 3 de febrero para la celebración de la batalla. Lalaing empleó el tiempo que le quedaba libre —apenas un mes— para visitar Portugal, donde el rey

4. En un campo grande... donde hacía correr dos toros y los hacía perseguir, para derribarlos y matarlos, por varios alanos grandes, según la costumbre del país.

le trató con gran cariño. En la ruta, al pasar por Madrigal, saludó a la princesa de Castilla, hija del rey de Navarra.

El 3 de febrero de 1448 las lizas estaban dispuestas en Valladolid «en la place des frères prédicateurs», así como los cadahalsos destinados a los caballeros y grandes señores de Castilla, Portugal, Navarra, Aragón y embajadores de Francia que debían presenciar la batalla. El cadahalso de los reyes estaba en la parte de oriente y el de los jueces en la de occidente; y el pabellón de Diego de Guzmán se había montado a mediodía y, enfrente, el de Jacques de Lalaing.

Hacia las nueve de la mañana entraron en el campo dieciséis hombres armados con todo el arnés que se colocaron entre las dos lizas y se repartieron por las cuatro esquinas a fin de guardar el campo. Llegó primero la reina con su acompañamiento, que ocupó la parte del cadahalso más próxima al pabellón de Diego de Guzmán. El cadahalso real era «una belle maison dressée, couverte et bien tendue de riche tapisserie». Luego llegó el rey «accompagné de Alvaro de Lune, grand maître de Saint Jacques, de l'Évêque de Valence, du comte de Benevente et de plusieurs autres chevaliers et écuyers».

A las diez de la mañana Jacques de Lalaing obtuvo licencia del rey para ir a armarse en su pabellón, y salió de su albergue a pie «armé de harnas de jaune, vêtu d'une robe d'écarlate fourrée de martres zébelines et toute chargée d'orfèvrerie, longue jusques aux pieds». Delante de él cabalgaban los gentiles hombres de su acompañamiento y a su lado dos nobles caballeros, Juan de Luna y otro de la casa del rey de Castilla; detrás era conducido un corcel cargado con las armas que debía vestir en la batalla. Así entró Lalaing en el campo, fue a hacer reverencia a los reyes y dirigió a Juan II las siguientes palabras:

Très haut, très excellent, très puissant prince, plaise sçavoir à votre royale majesté que véez moi ci prêt et appareillé de faire, fournir et accomplir le contenu en mes chapitres, à

l'aide de Dieu et de monseigneur Saint Georges, en vous réquerant, très haut, très excellent et très puissant prince, qu'il vous plaise à moi entretenir en toute bonne justice, ainsi comme j'ai ma parfaite fiancée (capítulo XLIII).⁵

El rey de Castilla le respondió: «Messire Jacques de Lalaing, vous soyez le très bien venu, et je le farai volontiers». El caballero se dirigió a su pabellón y allí se armó, mientras sus acompañantes ocupaban sus sitios en los cadahalsos.

A continuación llegaron de ochenta a cien hombres más, armados con todas las piezas y provistos de lanzas cuya misión, junto con los dieciséis que habían comparecido antes, era guardar el campo «de toutes oppressions». Tras ellos hicieron su entrada diez gentileshombres que eran los guardas que debían retener a los campeones cuando fuera menester.

A las tres de la tarde llegó Diego de Guzmán, acompañado de gran número de caballeros y escuderos y llevando a la derecha a su hermano «messire Gonsalve de Gusman» y a la izquierda a «messire Philippe de Sul». Les seguían cuatro heraldos con las armas de los cuatro linajes de Diego (recuérdese que en el primer capítulo Jacques de Lalaing exigía que su adversario fuera «gentilhomme de toutes lignées»). Diego llegó ya completamente armado, hizo reverencia al rey y a la reina y se fue a su pabellón.

Entonces don Juan de Luna, hijo de don Álvaro, y «le maréchal Pedro de Heras» (sin duda el mariscal Pero García de Ferrera, bastardo de don Álvaro), jueces de la batalla, hicieron saber a los campeones que ninguno de ellos debía salir de su pabellón hasta que hubiese sonado el tercer to-

5. Altísimo, excelentísimo y poderosísimo príncipe: plazca saber a vuestra real majestad que me tenéis aquí presto y aparejado para hacer, proveer y cumplir lo contenido en mis capítulos, con la ayuda de Dios y de monseñor San Jorge, requiriéndoos, altísimo, excelente y poderosísimo príncipe, que os plazca atenderme con toda buena justicia, en lo que yo tengo mi total confianza.

que de trompeta. A continuación las hachas y las espadas de los dos campeones fueron llevadas a presencia de los jueces, y se determinó «que la hache de Diego étoit de mal engin, et qu'elle n'étoit pas telle comme ès chapitres étoit contenu» (capítulo XLIV), y se le dio otra, pese a las protestas de «messire Philippe de Sul».

Acto seguido, y obedeciendo una orden del rey, se dio el primer toque de trompeta. Diego de Guzmán, atolondradamente, salió de su pabellón, pero sus consejeros le obligaron a entrar otra vez dentro de él. Lo mismo ocurrió al segundo toque, «et en fut le roi de Castille très mal content, et de l'échaffaud où il étoit, lui dit une laide parole et si haut que de chacun fut ouï». ⁶

Al tercer toque de trompeta el caballero borgoñón salió al campo, se persignó y con el hacha en la diestra hizo la reverencia al rey y a la reina. Diego de Guzmán se acercaba altivamente con la visera bajada, y Jacques de Lalaing la llevaba levantada. Se juntaron y combatieron con las hachas, dándose tantos y tan fuertes golpes que los arneses despedían centellas.

Ahora nos es preciso tener en cuenta dos versiones de la batalla: la que nos ofrece el *Livre des faits de Jacques de Lalaing*, que hasta aquí he ido siguiendo, y la que figura en la *Crónica de Juan II*. Antes de narrar la batalla, la crónica castellana da los siguientes datos:

En el comienzo deste año [1448], estando el rey don Juan en Valladolid, vino ende un caballero borgoñón, llamado micer Jaques de Lalaym, camarlengo y del consejo del duque Felipo de Borgoña, con una empresa, el qual demandó licencia al rey para la traer en su corte e para la defender en su presencia. El rey ge la dio graciosamente, y eso mesmo la dio a Diego de Guzmán, hermano de Gonzalo de Guzmán, conde Palatino, señor de Torija. Al rey plugo de le tener la

6. Ello desagradó mucho al rey de Castilla, y desde el cadahalso donde estaba, le dijo una fea palabra, y tan alto que fue oída por todos.

plaza segura, e mandó hacer las lizas muy honorablemente en una huerta que es a las espaldas de San Pablo, donde el rey posaba, e allí las armas se hicieron a pie en un día del mes de hebrero del dicho año.

Al llegar a este punto es posible comparar el desarrollo de la batalla según aparece en el relato francés con la versión de la crónica castellana. El *Livre* narra lo siguiente:

Messire Jacques de Lalain avisant la chaleur de son adversaire, tourna la pointe de sa hache d'en bas; si férit par trois coups l'un après l'autre dedans la lumière de Diego en telle manière, qu'il luit fit plaie en trois lieux au visage, jaçoit-ce-que messire Jacques eut la visièrè levée: si l'assèna du premier coup au sourcil sénestre, et l'autre au bout du front au côté dextre, et le tiers le férit au dessus de l'oeil dextre; et depuis ne demeura guère la bataille d'eux deux, car Diego perdit sa hache par une secousse que messire Jacques lui fit. Puis quand celui Diego se sentit être désarmé de sa hache, vint vivement, bras étendus, par devers messire Jacques, pour le venir prendre par le corps et l'emporter hors des lices, comme il avoit intention de faire, et aussi comme il s'en étoit vanté deux mois paravant; mais messire Jacques percevant l'intention de son adversaire, afin que de plus près ne l'approchât, étendit le bras sénestre, et de son poing il rebouta celui Diego. En ce faisant jeta sa hache jus en le sablon, et mit le main à l'épée pour la tirer dehors. Lors le roi de Castille voyant que le plus bel des armes étoit apparent plus à l'un côté qu'à l'autre, jaçoit-ce-que tous deux avoient bien fait, jeta son bâton en bas, qui fut signification que les armes étoient accomplies. Alors les gardes du champ à ce ordonnés, se mirent entre deux et prirent les deux champions et les menèrent chacun en son pavillon (capítulo XLV).⁷

7. Messire Jacques de Lalaing, advirtiendo el ardor de su adversario, volvió la contera del hacha hacia abajo, y dio tres golpes, uno tras otro, en la visera de Diego, de tal suerte que le hirió en tres puntos del rostro, a

En la *Crónica de Juan II* la batalla propiamente dicha se relata del siguiente modo:

E a Diego de Guzmán fue hecho un grande engaño en esta guisa: que como él oviese de combatir con un bacinete muy descarado que había seydo de Juan de Merlo, él le mandó añadir una pieza de tres dedos la qual se hizo a sabiendas de fierro tan blando, que cada golpe que micer Jaques le daba con el cuento de la hacha, ge lo pasaba de tal manera, que Diego de Guzmán fue mucho ferido en la frente, e con la mucha sangre que le salía estaba poco menos que ciego. Con todo eso Diego de Guzmán dejó su hacha, e por fuerza tomó a micer Jaques la suya de las manos, e tomólo por el cuello, y es cierto que si el bastón entonces no se echara, según la gran ventaja que de fuerza tenía Diego de Guzmán al borgoñón, como quiera que era mucho más alto que él, e según la ventaja que en luchar tenía, sin dubda lo derribara; pero el rey echó en este punto el bastón, e los que por su mandado estaban para los despartir, los despartieron luego, e así las armas fueron acabadas, e cada uno dellos se fue a su pabellón.

pesar de que messire Jacques la llevaba levantada. El primer golpe se lo dio en la ceja izquierda; el otro en el extremo de la frente al lado derecho y el tercero bajo el ojo derecho. Después de esto no se prolongó mucho la batalla, pues Diego perdió el hacha a causa de una sacudida que le dio messire Jacques. Cuando Diego se vio desarmado de su hacha, fue rápidamente, con los brazos extendidos, hacia messire Jacques con la intención de cargar con su cuerpo y echarlo fuera de las lizas, pues éste era su propósito y se había envanecido de ello dos meses antes. Pero messire Jacques, advirtiendo la intención de su adversario, a fin de que no se le aproximara más, alargó el brazo izquierdo y con el puño repelió a Diego. Al hacer esto tiró el hacha en la arena y echó mano a la espada para desenvainarla. Entonces el rey de Castilla, viendo que lo más bello de las armas se había manifestado más en un lado que en otro, aunque ambos lo habían hecho muy bien, tiró su bastón abajo, lo que significó que las armas se habían acabado. Entonces los guardianes del campo ordenados para ello se pusieron entre los dos, tomaron a los dos campeones y los llevaron a cada uno a su pabellón.